

Se le aparece cada quincena



LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVI n° 400 Oruro, domingo 14 de septiembre de 2008



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA

Editorial:

El Duende en su historia

El duende es una criatura quimérica que personifica el espíritu fantástico de los pueblos, para simbolizar valores de raigambre humana e imbricarse en los senderos de la manifestación estética.

Ocurrió una vez, cuando Alberto Guerra recibía en su natal Oruro al sensitivo poeta potosino Luis Fuentes Rodríguez; el ilustre huésped, presa del embrujo de una ciudad abierta al afecto sin medida, musitó una expresión próxima a la plegaria: "Hay un algo inexplicable en esta tierra... una magia inmanente. No cabe duda: ¡Oruro tiene duende!"

En la rica creencia popular, tener alguien un *duende* en su mundo interior es poseer una vocación para plasmar proyectos con sentido altruista. Alberto, no tardó ni dudó en convocar al genial gnomo y sellar con su nombre el boletín cultural en formato de media carta.

El recorrido itinerante de El Duende tuvo su partida en el cenáculo "Tertulia en Imagen", donde se compartía la calidez de la amistad entre los cultores del arte. La *Galería Imagen - Calé Arte y Cultura*, local precario de bóvedas de ladrillo, travesaños de madera y biombo de caprichosa vidriería, era el centro de convergencia.

La aparición del primer boletín fue celebrada una noche de junio de 1988 en un ritual saturado por el humo propiciatorio de la q'oa y los misterios de la mesa servida a Pachamama y a los dioses tutelares. En agosto de 1991, el pequeño duende alcanzaba 48 ediciones.

El cierre de *Galería Imagen* impuso un interregno en las tertulias hasta cuando sus componentes, con la iniciativa de Luis Urquieta Molleda, Presidente de la Federación de Empresarios Privados de Oruro, encuentran en 1993 el calor propicio para desarrollar sus actividades literarias. La entidad empresarial, dio entonces cima a la *Fundación Cultural FEPO*, para abordar con clara resolución sus creaciones. El nuevo suplemento vino en llamarse *El Faro*, nombre que evoca un hito histórico que hace a la identidad local. Se editó en el diario LA PATRIA en tamaño tabloide, con el concurso de un equipo humano conformado por Luis Urquieta Molleda como Director, los poetas Alberto Guerra Gutiérrez, Edwin Guzmán Ortiz, Eduardo Kunstek Montaña y el artista plástico Erasmo Zarzuela Chambi en el Consejo Editor, y la Coordinación quedó a cargo de Berny Salinas Aramburo, con la incorporación posterior de Julia García Ortega.

El primer número de *El Faro* llevaba una fotografía de la poeta orureña Milena Estrada y un dibujo de Jaime Calizaya; incluía también la Carta de la Fundación Cultural FEPO y la Convocatoria al I Concurso Literario Anual, Premio Único *Luis Mendizábal Santa Cruz*. Los galardonados fueron Benjamín Chávez en poesía y Zenobio Calizaya en narrativa.

En el acto de entrega del libro publicado con los trabajos premiados, delineábamos las acciones de la Fundación alegando que el mundo del espíritu creativo y las manifestaciones del intelecto no deben diluirse en el estéril universo de la indiferencia. Que la conciencia crítica y contestataria del artista, debe desmoronar la

carga de conciencia abstraída de la sociedad. También sosteníamos que la entidad empresarial de Oruro, por encima de estereotipos y estigmatizaciones de diverso jaez, prevalida de su ganada imagen institucional, debía considerar la necesidad de ampliar el marco de sus funciones para contribuir en los quehaceres culturales.

Una inopinada interrupción de la edición de *El Faro*, con el cambio de Directorio en la F.E.P.O., dio fin al Suplemento y a la Fundación. La edición preparada para el 9 de abril de 1995, dedicada a los niños en la voz de Oscar Alfaro, Hugo Molina Viaña y Juan Ramón Jiménez, no se malogró, simplemente cambió el nombre. El suplemento que ya se había granjeado generosa acogida en los espacios culturales de Oruro y el país, continuó sin pausa, pero protegido por el alón dorado del duende. Si el paso de *El Faro* a *El Duende* fue el trasiego de un producto elaborado, el gnomo duende enalteciendo su origen, le otorgó plenitud de vida al suplemento, que hoy circula airoso en los confines de la realidad creativa.

En servicio de la comunidad cultural, el suplemento ha transitado no poco trecho. Así, fue sustantiva la divulgación temática en su página octava. Hasta hoy, destacan tres hitos en las rutas de su andar: "Letras Orureñas", una tarea de largo aliento que de 1995 a 2003 registró a más de 230 autores orureños con la revalorización de su aporte a las letras, ya que tenerlos incluso a los olvidados o ignorados, fue una tarea gratificante. Entre 2004 y 2005, *El Duende* encontró en "El dulce vicio de escribir" el modo de recrear mediante las cartas escritas la intimidad entre dos personas distantes, rastreando así la forma cómo la historia de la humanidad puede ser contada a través de misivas y diarios con sólo la voluntad de comunicarse. A partir de 2006 "Milagros de la pintura boliviana" privilegia la plástica con artistas de consagrada trayectoria que todavía emulan en *El Duende*, cuando la obra pictórica nacional es inagotable.

Toda realización cobra vigencia no tanto por la facilitación de su sustento, sino por la impronta de sus realizadores. Escritoras y escritores, en toda la dimensión de sus creaciones, nos privilegiaron con su amistad desde los primeros pasos de *El Duende*. Con estas personalidades el duende quimérico ha edificado tal querencia, que ya presume de un parentesco espiritual con los actores culturales. Estas mismas dignidades están presentes hoy en la edición 400 para unirse a nosotros en la aventura del raro oficio de hacer de la cultura un vehículo promotor del desarrollo humano.

Luis Urquieta Molleda. Director de El Duende.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com
el duende on line: www.zofro.com/elduende

SODESBO felicita

El Directorio de la **SOCIEDAD DE ESCRITORES DE BOLIVIA** felicita a los tenaces escritores que dirigen el suplemento cultural "El Duende" al cumplir su número 400.

Un recuerdo cariñoso al amigo Alberto Guerra, quien desde el Oriente Eterno sigue iluminando a los que escriben en este documento periodístico que se ha empeñado en difundir la cultura de Bolivia.

A su Director, Ing. Luis Urquieta y a sus colaboradores les pedimos que no desmayen en esa labor cultural que se han impuesto y desde la ciudad de Trinidad, Sede Actual de la Sociedad, los felicitamos muy efusivamente.

Rodolfo Pinto Parada.
Presidente de SODESBO.

¡Hurra cuatrocientas veces!

¡El Duende! ¡Que viene El Duende!

Entonces, poetas como Luis Mendizábal Santa Cruz o Milena Estrada Sainz, retornan a la tierra. Él les muestra su rostro salpicado de pomas esmaltadas.

El Duende regresa cada quince días en la mágica visión que tiene Luis Urquieta Molleda, del poeta que había en Alberto Guerra Gutiérrez entre hechizadores, magos y jardineros del espacio.

El Duende se nos aparece saliendo de un ventanal de agua para llenar de luz el arial en que se debaten las tinieblas. Claro ¡tiene perspicuidad!

Y ahí están los poemas azules de Julia Guadalupe García y los colores radiantes de Erasmo Zarzuela — como si se moviera el mar dentro de uno. Por El Duende sé que Viviana Garrón J. cuenta con unas zapatillas de plata para saltar entre las nubes; por él me entero que Héctor Borda Leaño se ha encontrado consigo mismo en el rostro de los otros. Siempre fue así, en tierra extraña o en la suya...

Para mí que El Duende tiene savias fragantes — como aquellas que riegan la vida por las venas de los chichiricús de las jácaras de Cuba— o es semejante a una blanca flor colocada, por un niño, en la oreja duenduna de "Platero"; es igual a los ríos que recorren el país de los sueños de Morosoli en "Perico". ¡Ah! Cómo es necesario este Duende cuatrocientas veces renacido y siempre joven... Lo que pasa es que él sale a nuestro encuentro con diez lámparas multiplicadas por cientos en los dedos y secretamente encendidas bajo su sombrero alón de noches sumergidas. Lo reconozco; sé quién es: Es un hombre que se hizo niño o un niño que nunca dejará de ser "todo un hombre"; es decir, un camino por el que recorremos sus amigos tomados de la mano, tras la huella de los ángeles.

Luis Fuentes Rodríguez.
Poeta y escritor. Potosí.

El Duende se aparece y no se va

Recuerdo que descubrí a "El Duende" por mi amor y respeto al periódico "LA PATRIA" de la ciudad de Oruro, subdecano nacional. Me suscribí a esas páginas cotidianas pues el matutino orureño se mantenía invicto como un medio independiente, a la vez que combativo y había luchado contra el periodismo *light* y de sensaciones que tanto mal hizo y hace al periodismo nacional.

Junto al ejemplar dominical me encontraba quincenalmente con un suplemento cultural, literario, que identifiqué como el más completo de la época y aunque tiene actualmente serios competidores, se mantiene como una publicación de colección.

Era el escrito que una persona necesita para aprender algo sobre literatura mundial, otro poco de poesía latinoamericana, dosis de creación boliviana, algo siempre de artistas orureños.

Me convertí en lectora habitual de "El Duende" y tan leal que lo reclamo si me falta algún mes. Por él conocí a muchas autoras y autores bolivianos y a un poeta que se ha convertido en un ícono en La Paz, Benjamín Chávez.

Mas este visitante llega y no se va. Se queda porque sus artículos suelen ser únicos y de colección. Como muchos, lo recorto, lo clasifico y lo guardo para mí, para mis alumnos, para mis hijos. Es útil para aprender redacción literaria, periodismo literario, creación artística, leer a autores poco difundidos, la obra pictórica de otros.

Además, y por ello me es imprescindible, "El Duende" es un suplemento que nos ayuda a solidificar una visión de vida, una opción por la estética, un gusto por la belleza.

Lupe Cajías. La Paz.
Escritora y crítica literaria.

400 fructíferos pasos

"El duende" no hubiera transitado tanto por las letras nacionales —400 fructíferos pasos—, si no hubiera sido conducido por un ingeniero de la talla del autor de "Sol de otoño"; así, este homenaje también es para Luis Urquieta Molleda, hombre dotado de una sensibilidad extraordinaria para la literatura; "mecenaz y gestor cultural" lo llama Mariano Baptista Gumucio, con justeza y justicia. "El duende" es su espíritu y nuestro espacio de expresión que enaltece la cultura hispanoamericana, desde las páginas del decano de la prensa nacional: "LA PATRIA", en la esforzada altiplanicie de los urus. Saludamos esta conmemoración con gratitud y afecto.

Adolfo Cáceres Romero. Oruro.
Escritor y crítico literario. Reside en Cochabamba.



El Duende en el tiempo

La distinción que hace Regis Debray (1) entre comunicar y transmitir es útil para mejor comprender el rol que cumple el Suplemento Cultural EL DUENDE, en el campo de la cultura y el desarrollo.

El filósofo francés señala que la comunicación incide estrechando el espacio, haciendo posible la famosa "aldea global", atendiendo lo inmediato, lo instantáneo, lo actual, como es el caso del campo noticioso cotidiano. En cambio, la transmisión trabaja en el tiempo, incidiendo en la persistencia, trascendiendo lo efímero, buscando perdurar y haciendo carne de los valores y la cultura de un pueblo. En suma: la transmisión tiene un carácter más formativo y constitutivo que meramente informativo.

En esta perspectiva, EL DUENDE, es fundamentalmente un medio de transmisión. Transmisión de ese cúmulo de valores y visiones de mundo, consubstancial a la "república de las letras". Así, cumple una función docente difundiendo el patrimonio literario y cultural —de aquende y allende nuestras fronteras— paralelamente, desarrollando la condición crítica que es la mejor manera de hacer que una sociedad alcance madurez ciudadana pero, además, fungiendo de un sostenido promotor de la lectura en una época que paulatinamente se halla en proceso de abdicar de esta competencia saludable y edificante.

Del complejo discursivo en Oruro, el DUENDE recupera la vertiente del lenguaje creativo. Sus palabras plasman la empresa más delicada: la forja del espíritu humano. La riqueza del decir, la magia de expresar desde lo recóndito el paisaje sentimental e intelectual de una sociedad. Por lo mismo, nos brinda otro orden de capital: el capital de la inteligencia, de la imaginación, de la crítica, y de la construcción simbólica de la cultura que, dicho sea de paso, es una de las maneras más auténticas de conocernos, de edificar un nosotros colectivo e invitarnos al vértigo de la libertad.

En la actualidad, se busca evaluar todo, o casi todo. Pero se abstrae justipreciar la importancia del cultivo, el crecimiento y el impacto del capital lingüístico en la sociedad. Por más que el boom de los lenguajes tecnológicos, iconológicos y cibeméticos haya inundado la aldea, todavía —y por mucho tiempo— la escritura tiene un rol central en el proceso civilizatorio. Con ella y a través de ella, se explican los campos de la cultura y la ciencia. Es más, se recrea el mundo y se avanza en el arduo desafío de comprenderlo y transformarlo.

En esa ruta, EL DUENDE, desde hace dos décadas, quincenalmente, nos convoca ininterrumpidamente a una lectura creativa; una lectura que rompe la rutina de los discursos manidos, y nos lanza a la aventura de la imaginación y el pensamiento.

En sus páginas tenemos la dicha de acceder a textos, escritos, poemas, ensayos de lo más selecto de la tradición literaria nacional y universal. Escritores de vanguardia que hoy, llenan una incidencia gravitante en la creación y la reflexión contemporáneas. Creadores que confirman su vigencia en calidad de clásicos. Dibujos, graffas, imágenes. De este modo, EL DUENDE sin dejar de acercarnos a nuestro patrimonio literario y cultural, nos abre a ese espíritu universal que late y prefigura también este tiempo.

No es fácil sostener una empresa cultural en el tinglado de los medios. Resultan escasos los periódicos que en la actualidad publican regularmente un suplemento literario en el país, de ahí es que EL DUENDE sea uno de los pocos ejemplos de una empresa maravillosamente desmesurada y consecuente.

Detrás de esta empresa se halla una troupe de incansables obreros de la cultura, obreros cuya obra merece el más sincero reconocimiento. Alberto Guerra que, desde el Alaxpacha, continúa asperjando buenos augurios y hálitos de poesía sobre el quincenario; el escritor Luis Urquieta, indeclinable y lúcido conductor del suplemento; Benjamín Chávez, poeta de fuste y duende de marras; el pintor Erasmo Zarzuela dibujando resonancias y resplandor verbales, y la poeta Julia Guadalupe García, espíritu sensible y diligente trabajadora de la cultura oreña.

EL DUENDE, publicado en el diario LA PATRIA, constituye una verdadera institución cultural en Oruro, y un aporte destacado a la cultura nacional. No ha cesado de aparecerse por dos décadas, desde aquellas pequeñas hojas que traviesamente circulaban de mano en mano en la Galería Imagen, hasta las albas páginas que hoy son expresión paradigmática de una voluntad inquebrantable, y deseo —como dice el poeta René Char— que permanezca deseo.

(1) Debray, Regis. *Introducción a la mediología*.

Edwin Guzmán Ortiz. Oruro, 1953.

Poeta y escritor



Gracias Duendecito

Mi tesoro, leyenda viva, cofre de mi Ranchería, desde el Faro de Qonchupata flamea la patria en tricolor alegría, para festejar tus travesuras literarias y la zona franca de tu corazón etéreo.

Te apareciste un día, me tomaste de la mano y quedé prendida a tu magia. Entonces dejé de ser sombra, crecí alentada por tu sonrisa, tu espíritu se convirtió en mi refugio. Duende amado, mi espacio simbólico, mi todo inefable, venciendo soles y lunas, con tu sombrero alado evidenciaste mi vuelo.

Tu misterio, tu niñez eterna, son razón de mi vida. Eres mi obsesión lírica, identidad cosmopolita, mi casa abierta. Me has creado a tu imagen y semejanza y tu sangre corre en mis venas. El elixir de tu boca loca, tu postura tentadora, dispuesta, abrasiva, inextinguible, me revela.

Eres cima, oído, manzana, costado izquierdo. Contigo las piedras lloran o arden de ternura. Carne y hálito, entraña y saliva, préstame tu melodía para atenuar mi gemido, ¡quién tuviera tu madera de barricada!

Ave cíclica, concentras el tiempo en tu alforja, eres esquina, nombre y apellido, pupila, río y árbol de ramas cantaninas. Déjame abrazarte y besar tus manos, ¡ay! cuánto te quiero. Filántropo que has puesto mi corazón en rotación y mi sangre en traslación, me he arropado con tus letras, estaba desnuda y moría de frío. Gracias por haberme salvado.

Duende ángel, duende amigo, duende madre, duende tierra, duende retoño, duende galeno que has reconstruido mi alma y mis huesos, permíteme recitar cuatrocientos salmos en tu memoria. Sabes que si desapareces, divino mío, desapareceré contigo.

Te adora,

Julia Guadalupe García Ortega

Ante los veinte años de un joven Duende

En un ángulo de mi biblioteca se apilan los ejemplares de EL DUENDE, un ameno, ilustrativo y documental personaje que quincenalmente emerge en la altiplanicie orureña, y se aparece en los lugares más apropiados para iluminar con su sabiduría literaria las estanterías, muchas mesas de trabajo y hasta multidos sillones, adaptándose a los espacios destinados a cotidianas lecturas. Lo hace con el fin de dialogar con sus fieles amigos en el encuentro bisemanal repleto de novedades, cuando no de repaso a páginas indelebiles rescatadas por quienes tienen la costumbre de penetrar en el mundo de las letras universales.

Este duende que se me aparece siempre risueño, lleva visitándome muchos años, desde aquel domingo 18 de junio de 1995 en que yo caminaba por la gran Avenida 16 de Julio, conocida como El Prado, de La Paz, bajo el cielo iluminado de invierno. De pronto, me detuve porque en un puesto de diarios y revistas, asomaba su rostro el ejemplar dominical de LA PATRIA, de Oruro. Al ver la tipografía de su primera plana, mi rostro se puso sonriente, porque hacía tanto tiempo que no estaba al alcance del matutino "sub-decano" del periodismo nacional. Adquirí el ejemplar y, entonces, del centro de sus páginas se deslizo una criatura con ojos que parecían mirar desde la penumbra de un atardecer minero, bordado de danzas e iluminado por brillos metálicos. En la parte superior de esta página destacaba la sombra de un duendecillo que daba su nombre a la publicación: EL DUENDE - se le aparece cada quincena... - suplemento de la cultura orureña. Para mí fue el hallazgo, la sorpresa y la alegría de tener en las manos la cultura de mi inolvidable terruño. Pero había algo que me preocupó: era el número 55 de su publicación. ¡Qué descuido... qué vergüenza! Reflexioné muy pronto: Iré a la búsqueda de este duende por todas las calles de Oruro hasta encontrar el lugar donde habita, donde se esconde, donde concibe estas páginas impregnadas de sabiduría escritas por paisanos de reconocida cultura, con el fin de que me cuente este duendecito de quiénes difundió su cultura en los 54 números anteriores. Sí, ése fue mi proyecto. Entretanto, detuve el paso y comencé a leer, en pleno prado, sus cuatro páginas. Fue un gozo mi reencuentro con una figura siempre recordada y admirada: Josemo Murillo Vacareza, de quien se reproducía el cuento "La imilla".

Desde entonces marqué en mi agenda los días domingos en que yo iría a la búsqueda del travieso personaje periodístico. Así ocurrió y así ocurre hasta hoy, lo que no exime a sus editores de enviarme un paquete con varios ejemplares. La duplicidad me permite seleccionar por autores recordando lo más destacado, que pasa al archivo personal de autores, coleccionado desde mi juventud. Pues bien, tiempo después conseguí los números anteriores al 55 y tuve nuevas sorpresas. EL DUENDE se había aparecido por primera vez en 1988 muy cerca al Rincón del Poeta, lugar desde el cual, el duendecillo vino a visitarnos a todos los que le admiramos. Se cuenta de las dificultades para que siga apareciendo, pero qué importan las dos etapas anteriores que tuvo que vivir en medio de incertidumbre, si ahora son historia, anécdota y hasta nostalgia, más aún hoy en que todo es realidad y prestigio, cuando su aparición se acerca al número 400 en sus juveniles 20 años de existencia.

Ya con la colección casi completa en mi poder (hay ejemplares imposibles de rescatarlos porque desaparecieron en el tiempo) todo fue sonrisa de satisfacción. Lo había fundado Alberto Guerra Gutiérrez, cuyo fallecimiento nos priva de su presencia física, nunca de su obra, la que hace posible tenerlo siempre junto a nosotros. Por aquel entonces la pu-

blicación había sido denominada El Faro, como identidad regional y, supongo, luz que orienta, pero tras una corta etapa, sus editores, al parecer, sintieron saudades de su duende y volvieron sobre las huellas primigenias para reponer al quincenario el calificativo que lo distingue y prestigia hoy: EL DUENDE.

Tras aquellas etapas marcadas por las dificultades propias de quienes ponen al servicio de muchos la ensañación personal, llegó el período que dejaría atrás los sueños dando paso a un alegre despertar y con ella un nombre muy estimado en los círculos culturales de Bolivia: Luis Urquieta Molleda quien, como director, le da a esta publicación literaria el gran impulso adosándola al matutino LA PATRIA. A los nombres de Guerra Gutiérrez y Urquieta Molleda, se sumaron muchos intelectuales de las letras, hábiles pintores y dibujantes y, por supuesto, todo un elenco de colaboradores residentes en la tierra de Pagador.

Hoy, vinculados por los tintes del creativo pensamiento nacional, escritores y lectores disfrutamos la visita del personaje difundido desde el logotipo creado por Omar Martínez Carretero, imagen que se hizo carne para habitar entre todos los que amamos la Literatura.

No puedo dejar de lado, en estas líneas destinadas a la publicación N° 400 de EL DUENDE, la razón de mi interés en coleccionar cada número editado. Es que desde los primeros ejemplares recibidos, mi aproximación a imágenes y nombres conocidos desde mi niñez, volvían a diseñar mis sonrisas y a veces a fijar mi vista en un evocativo caminar por calles y plazas de Oruro por donde transitaban las personalidades que aparecen en estas publicaciones: poetas, historiadores, ensayistas, dramaturgos, filósofos, compositores, artistas plásticos, a quienes EL DUENDE proyecta o perdura, según sea el caso, sin olvidar los nombres insignes de intelectuales bolivianos nacidos en otras latitudes del país. La estirpe de José Encinas Nieto, José Víctor Zaconeta, Hilda Mundi (Laura Villanueva Rocabado), Luis Mendizábal Santa Cruz, Marcos Beltrán Ávila. Hugo Molina Víaña, Alcira Cardona Torrico, Eduardo Ocampo Moscoso, René Zabaleta Mercado, Juan Siles Guevara, Luis Guerra Gutiérrez, Rafael Ulises Peláez, para citar algunos, porque intelectuales hubo y habrá en la tierra del Sajama, como a los que tengo el privilegio de conocer en la plenitud de su prestigio literario: Héctor Borda Leño, Eduardo Mitre, Miriam Montañón Nemer, Luis Urquieta Molleda, Benjamín Chávez, Alfonso Gamarra Durana, Gladys Dávalos Arze, Marlene Durán Zuleta y otros.

En estas horas en que vuelvo a hojear la colección de EL DUENDE retorno imaginariamente a la niñez, a la juventud y hasta los días actuales, en los que la evocación se hace lamento ante la ausencia de muchos personajes cultivados que nos legaron su pensamiento.

Pronto EL DUENDE cumplirá veinte años de existencia, juvenil presencia cargada de éxitos frente a un horizonte abierto a las inquietudes intelectuales. Cuando escribo estas líneas, ya llegó a mis manos el ejemplar N° 398. Dos más y todos levantaremos copas espumantes celebrando el N° 400 de esta entrega cultural.

Mario D. Ríos Gastelú.
Escritor, periodista y crítico de arte.



Casa de las cuatrocientas habitaciones

Amigo Luis:

Te he visto de cerca edificar ladrillo por ladrillo la casa de "El Duende". Casa de cuatrocientas habitaciones, en las que habitan las ilusiones de muchos soñadores. Soñadores que se refugiaron en sus habitaciones de las tormentas de la soledad. Casa empapelada de imágenes y letras, de huellas digitales y mágicas pinturas que retratan el rostro y corazón de una patria abrazada a las montañas andinas. Casa de ilusión, llena de retratos y de la vibración de miles de voces grabadas en la hoja del tiempo. Casa de papel, que es y será, visitada por muchedumbres apasionadas por la palabra enamorada.

Querido Luis: Te abrazo y te felicito por ser el artífice de la casa del "Duende" de las cuatrocientas habitaciones.

Freddy Ayala Vallejos. Cochabamba.
Escritor y artista plástico.



Pudo ser mi canto

Antes de venir al mundo, mi corazón ya fue latido,
quiso ser árbol, después estrella, y ascendió tanto
en su afán, que llegó a ser niño

Creí adivinar su latido,
mi ejercitado viento
mordiéndome tiernas ramas
de su almendro.

Sentí adivinar su canto
y amaneció desnuda
como la uva,
envoltura de cristal
en sueño vivo.

Me reflejo al céfiro
que trajo a mi aliento
este sabor a mosto
alimentado de luz,
de salmo y alegría.

Pudo ser mi canto
eternamente,
mi cotidiano combate
por la vida
el agua de mi río,
fruto para mi asombro,
mi follaje,
mi corteza vegetal,
mi alargada raíz
en el fondo de la tierra.

Caminé
y no pude adivinar
ni canto ni latido
y me creció en vino
cubriéndome de ansiedad
en sueño vivo.



Queridos amigos:

Siempre tuve la ilusión de publicar un poema en *El Duende*. La proverbial generosidad de quienes lo hacen (y lo han hecho: recuerdo en este preciso momento a nuestro amigo Alberto Guerra) se ha manifestado también en la generosidad con la que permanece y se prolonga en el tiempo. Pocas buenas costumbres nos quedan; una de ellas, para mí, es esperar y leer *El Duende*. Va este poema para sacarme la ilusión y hacerla, aquí y ahora, una celebración. Abrazos.

Los abrazos

Era la hora de los abrazos.

Tus manos
más finas que el silencio
giraron sobre mi cabeza
y en la punta de tus dedos
comenzó a llover.

Agua para beber
agua para partir.

Querías tocarme
y no estaba.
Una serpiente en el cielo
acariciaba sus anillos.
El círculo de los abrazos.

Quería tocarte
y no estabas.
La música de tus collares
caía minuciosa
sobre la ciudad.
La cadena de los abrazos.

Ya no había tiempo para los relámpagos.
Así son los adioses,
así los abrazos.

Rubén Vargas Portugal. La Paz.
Escritor y poeta.

Alberto Guerra Gutiérrez. Oruro, 1930 - 2006.
El poema fue publicado en la Edición N° 1
de *El Duende*, el 22 de junio de 1988.

Conmemoración del número cuatrocientos de "El Duende"

"EL DUENDE". ¡Qué título para una publicación como suplemento de cultura, y se complementa con el anuncio: "se le aparece cada quincena".

Apareciendo cada quince días, esta separata ha cumplido cuatrocientos números heroicos, lo que constituye un acontecimiento en los anales de las publicaciones literarias de nuestro país. Simple en su formato y al principio sólo en negro, ha ido incorporando el color en sus páginas lo que le ha permitido extenderse a la pintura de los más destacados artistas plásticos en Bolivia. Muchas páginas de los periódicos, destinadas al cultivo de la literatura han desaparecido, exponiendo a los escritores a una crisis en la divulgación de su pensamiento, por eso digo: llegar al número 400 es una hazaña heroica que naturalmente no se debe a la casualidad sino a la labor tesonera de un consejo de redacción constituido por Alberto Guerra, Benjamín Chávez, Erasmo Zarzuela, con la coordinación de Julla García y el diseño de David Ángel Illanes.

En este aniversario, merece una congratulación especial el Director de este fantasma de letras que llega a nuestro escritorio o al sillón de lectura para deleitarnos con su contenido, donde los más destacados escritores del país han incorporado su pensamiento en prosa o verso. Mantener una publicación de calidad con un contenido de las más elevadas cualidades del pensamiento y que esté vigente en el papel impreso, no es tarea fácil, requiere que alguien se dedique con pasión y tenacidad a una causa que ennoblece por su naturaleza y sus objetivos. Y ese alguien no es otro que el Ing. Luis Urquieta Molleda, que siendo su profesión emparentada con las matemáticas, las reglas y los compases tiene por natural vocación el cultivo de la literatura, con un estilo sui géneris y por lo tanto alejado del estilo del escritor profesional, originalidad que lo ha destinado a ser miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua. Esta inclinación a las letras además, le ha conferido la responsabilidad, voluntaria, de financiar la publicación con sus propios recursos. Un verdadero Mecenaz en la ciudad Altiplánica de Oruro.

Si no fueran las páginas del "Duende", muchos escritores no podrían publicar sus creaciones, porque además ellas no están restringidas sólo a algunos como si gozaran de preferencia, por el contrario, su espacio es generoso con todo aquel que aspira incorporarse a esa legión que cabalga en el magro Rocinante, sin más lanza que su pluma y con mucha tinta en sus venas.

Gustavo Zubieta Castillo.
Médico y Académico de la Lengua.

Luis Urquieta Molleda

Mecenas y fundador del periódico cultural "El Duende", suplemento orureño de cultura del diario "La Patria", la actividad de Luis Urquieta se destaca singularmente por sus esfuerzos en vincular la cultura a las capitales departamentales de Bolivia principalmente. Buena parte de estos esfuerzos viene siendo registrado en la serie de publicaciones que alcanzan el N° 400 desde el inicial publicado el año 1988. Esta publicación de artículos, notas, juicios sobre acontecimientos diversos de la actividad cultural rara vez o nunca omite los rasgos de la subjetividad del autor.

Advertido de ello el lector, puede encontrar en "El Duende" materiales de verdadero interés para construir y reconstruir circuitos culturales importantes de la cultura contemporánea.

La observación final acerca de "El Duende" viene a señalar simplemente el hito que cierra la admisión de nombres abierta ampliamente al interés que despiertan los autores de nuestro tiempo en rescatar la perdida pasión por la lectura.

Luis Ríos Quiroga
Investigador de la literatura boliviana. Sucre.



Desde el Mamoré parabienes para "El Duende"

En Bolivia, no es cualquier hoja cultural la que llega a su edición cuatrocientos. Y tal vez en muchos puntos del mundo, inclusive en países donde el dinero no es problema.

¡Felices los pueblos que pueden leer a sus escritores en suplementos quincenales!

En Bolivia, no es cualquier suplemento cultural el que alcanza tan valiosa trayectoria de 20 años, difundiendo a los poetas y cuentistas, estimulando a los novelistas y ensayistas, promoviendo a los artistas de la música y la composición, a los artistas del pincel y los colores y apoyando al folklore.

¡Felices los pueblos que esperan impacientes a sus cultores del espíritu, en suplementos semanales o quincenales!

Sé por experiencia lo que significa trabajar una hoja periodística de cultura, lo que representa cada retoño del frondoso árbol de nuestros sueños. Sobre todo cuando las otras necesidades de la vida están acosando cada minuto, cada hora. Cuando edité Horizonte, entre 1989 y 1995, como suplemento cultural del periódico La Palabra del Beni, en esta ciudad, supe lo que era canela. Casi llegué a las doscientas ediciones semanales, aunque eran apenas 4 páginas tabloides.

¡Felices los pueblos que mantienen con fe y esperanza aquello que trasciende el ahora y es mensaje de paz y cultura para el porvenir!

Cuánta voluntad de quijotes, cuánta alegría de quijotes, cuántas aspiraciones de quijotes, ahí están concentradas todas las energías que refluyen mágicamente para seguir transitando los sinuosos caminos de la vida. El Duende es sortilegio para el empeño creador y es sosiego para el arte trashumante.

¡Felices los pueblos que hacen de sus duendes los mensajeros del espíritu, que alientan la estética de las letras, que alientan la estética de la plástica, que alientan la estética del hombre que no se cansa de luchar por mejores días para la cultura y las artes!

¡Honor y gloria imperecedera para la memoria de Alberto Guerra Gutiérrez, el duende mayor de los Andes! ¡Honor y reconocimiento sincero para el camarada y duende heredero Luis Urquieta Molleda, en la Villa de San Felipe de Austria!

¡En nuestro país, no es cualquier hoja cultural la que llega a sus cuatrocientas ediciones! Desde el Mamoré, la cuna de la civilización hidráulica más impresionante del planeta, parabienes y larga vida para El Duende. ¡Salud, Bolivia!

Araldo Lijerón Casanovas.
Trinidad de Mojos.
Académico de la Lengua.



Dos Décadas de un Duende Dorado

A l poeta orureño Alberto Guerra Gutiérrez un poeta visitante, Luis Fuentes Rodríguez, dijo alguna vez: "Hay un algo inexplicable en esta tierra... una magia immanente. No cabe duda, ¡Oruro tiene duende!" Tenía razón al señalar así el misterioso atractivo de la ciudad del páramo minero, la del diablo y la virgen entrelazados, la del batracio y la serpiente labrados en piedra por milenaria superstición, la de la fantasmagórica carroza de fuego al pie de una cruz esquinera. Habrá sido, en parte, acaso por ese poder de encantamiento que Oruro atrajo hacia sus vetas de estaño y hacia sus sueños y mitos a millares de bolivianos y de extranjeros a lo largo del medio siglo en que dio el sustento a la patria sin recibir nada de ella a cambio.

Además de ese duende que está en la atmósfera, sentido pero no visto, Oruro tiene desde hace veinte años otro que es visible, augural y festivo, nada maléfico. Sucede, en buena hora, que este geniecillo es un amante de las letras y acudió un día a brindar al propio Alberto Guerra Gutiérrez y a Luis Urquieta Molleda inspiración y brío para propiciarlas. Ellos corporizaron al espectro dando su nombre por título a una publicación literaria quincenal que llega ahora a su vigésimo cumpleaños diríase que gracias a la magia del talento y la versación conjugadas con el dinamismo y la perseverancia.

Si Guerra —vate, antropólogo y "yatiri"— fue el iniciador del empeño en modesta escala, Urquieta —prosista, ingeniero y empresario— fue el consolidador y perfeccionador del mismo por la vía de un suplemento en formato tabloide que llegó a ser acogido por el diario LA PATRIA, vicedecano de la prensa boliviana. Ambos se rodearon para todo ello de un valioso grupo de jóvenes colaboradores como los poetas Edwin Guzmán, Eduardo Kunstek y Benjamín Chávez; el pintor y dibujante Erasmo Zarzuela y las coordinadoras editoriales Berny Salinas y Julia García.

El contenido de *El Duende* se distingue por su calidad y su variedad. Si bien la prosa ocupa la mayor parte del espacio, hay siempre cuando menos una página asignada a la poesía. Se brinda una atinada mezcla de artículos por autores bolivianos, consagrados y noveles, y por autores extranjeros de diversos países, lo que muestra el aprecio de lo propio del campanario tanto como el interés por lo universal.

En los años iniciales, la última página fue dedicada a las letras orureñas con aportes de autores —varones y damas— de antaño y de contemporáneos, incluyendo a algunos jóvenes debutantes. Posteriormente, dicha página pasó a albergar más bien selecciones de literatura epistolar de varias latitudes del orbe, sin excluir a Bolivia. Y en la actualidad, beneficiada por la policromía, la página se ocupa con notas ilustradas sobre destacados pintores bolivianos y también en la portada se exhiben obras de artistas, principalmente las de los "de la casa" como Erasmo Zarzuela.

Relatos, versos, memorias, propuestas, reseñas, discursos, crítica, debates, apostillas y notas sobre técnicas literarias ponen en las manos de los lectores múltiples oportunidades de aprendizaje y solaz. Lo que no hay en *El Duende* es información sobre actividades culturales, porque la misión que se impuso fue primordialmente la de estimular la reflexión creativa como corresponde a la revista literaria que es.

Gestores y dirigentes también de la filial orureña de la Unión de Poetas de Bolivia, Alberto Guerra Gutiérrez y Luis Urquieta Molleda vieron recientemente reconocidos sus altos merecimientos por su designación de miembros de número de la Academia Boliviana de la Lengua, pero la súbita e infausta muerte del primero determinó que no tuvieran presencia compartida en la entidad. Más bien, Urquieta dedicó posteriormente su discurso de ingreso a ella a rememorar la trayectoria literaria de su fallecido amigo y compañero principal en la hermosa aventura del gnom. Más aún, heredó la silla de él en la docta agrupación.

En Bolivia crear y sostener a lo largo de dos décadas — 1988 a 2008— una publicación como *El Duende*, sin anuncios comerciales ni subvención alguna, es ciertamente una hazaña extraordinaria que merece el más cálido de los aplausos. Tuve el placer de acompañar la celebración de los primeros 100 números de ella, de sus 200 y de sus 300 luego. Y me sumo ahora, emocionado, a la de

sus 400 augurándole el logro de muchos centenares más. Expreso a "Lucho" Urquieta, el infatigable promotor y mecenas cultural y director del mismo, y a sus colaboradores en el romántico emprendimiento, mi más afectuosa congratulación por el hito que alcanzan hoy.

Y reitero mi convencimiento de que su obra corresponde fielmente y enriquece sustancialmente a la vieja tradición de la gente de Oruro de conjugar amorosamente el esfuerzo material con el ejercicio espiritual uniendo piedra y cielo.

Luis Ramiro Beltrán Salmón.

Académico de la Lengua.

Premio Mundial de Comunicación McLuhan 1983.



Al Duende en sus 400

De "El Duende" niño, a quien festejábamos por su picardía, no queda casi nada. Se ha vuelto tremendamente mayor. Carga 400 números encima, lo que supone una sabiduría portentosa. Se pasea por su propia mayoría de edad. Trae textos de los confines más alejados, con permanente actualidad y calidad literarias, para insertarlos en su material preferido: el papel periódico.

Se defiende valientemente de la publicidad y del encanto de la tecnología informática, que van debilitando a tantas revistas y editoriales. Y sobrevive, persistiendo en ofrecer la mejor bibliografía sobre pintura boliviana, distribuye con una responsabilidad sorprendente altas cuotas de poesía y novedad.

No tiene obligaciones con ningún escritor, con ningún círculo de literatos, con ninguna universidad, pero, de mayor que está, les sigue cumpliendo a todos muy seriamente.

Y lo más destacado para darle sitio a su No. 400, radica en la pregunta ¿Cómo logra mantener aquel sello inconfundible con el que nació: ser gratuito y puntual?

Tal vez la respuesta esté siempre escondida. Nos ponemos de pie, con el corazón en alto, como ante todo lo bueno, pronunciando un

"¡Gracias Duende!"

Gaby Vallejo Canedo. Académica de la Lengua.
Secretaría General del PEN Internacional, filial Bolivia.

El Duende, en el periodismo cultural y literario de Bolivia

El periodismo impreso nace y se desarrolla en el linaje de las ciencias, las artes. Para probarlo, basta mencionar a dos diarios franceses del siglo XVII: el *Journal des Savants* y el *Mercur de France*. Se expande por Europa en los siglos siguientes, alcanzando su madurez al amparo de las tendencias intelectualistas de Inglaterra y Rusia, en la segunda mitad del siglo XIX. Por medio de los *feuilletons* (folletines) de los diarios y semanarios se difundían las novelas de autores que no podían financiar la edición de su obra en forma de libro. Atenuado el fervor independentista, la prensa de los países americanos sigue la tradición literaria europea.

En Bolivia, el interés periodístico por las letras se revela ya en las primeras ediciones de El Cóndor y La Época, así lo testimonia la publicación, por entregas, de la novela "Soledad", de Bartolomé Mitre. El periodista Eduardo Ocampo Moscoso reúne en su "Historia del periodismo en Bolivia" 37 títulos de publicaciones literarias desde 1852 hasta 1969. Casi todas ellas han desaparecido.

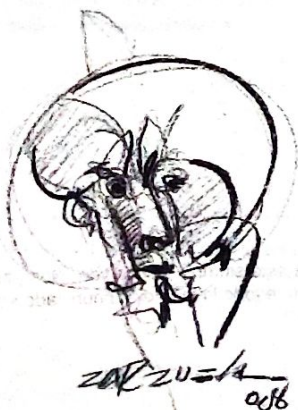
En el siglo XX, surge un periodismo literario y cultural más maduro, con el *Suplemento Literario* del periódico La Razón, del grupo minero Aramayo (1917-1952) y posteriormente la *Hoja Literaria* de El Diario, *Presencia Literaria*, de Presencia, y el *Suplemento Literario de Hoy*, en La Paz, dirigidos por Arturo Vilela, Juan Quirós y Armando Soriano Badani, respectivamente. Entre 1991 y 2000, se publicaron semanarios *Artes* y *Letras*, de Última Hora y *Arte y Cultura*, de Primera Plana, también en La Paz.

No puede omitirse una justa mención a la revista *Kollasuyo*, fundada por Roberto Prudencio y *Signo*, *Cuadernos Bolivianos de Cultura*, fundada por Juan Quirós en 1956 y que ha alcanzado en 2007 el número 69, bajo la dirección de Carlos Coello Vila, desde la muerte de Quirós, hace 16 años. Y, finalmente, la *Revista Cultural del Banco Central* que dirige Alberto Bailey Gutiérrez. Menciono a estas publicaciones, porque ellas sobresalen en el mundo periodístico literario, entre decenas de otras publicaciones, algunas de corta vida.

Hoy, cuando tocamos los límites del primer decenio del siglo XXI, las publicaciones más prestigiosas del género que tratamos son los semanarios *Tendencias*, de La Razón, *Fondo Negro*, de La Prensa, y *El Duende*, suplemento quincenal asociado al periódico LA PATRIA, de Oruro.

El Duende, fundado y dirigido por Luis Urquieta Molleda sigue las huellas de los suplementos literarios que le precedieron. Ofrece al público lector valiosos materiales informativos sobre diversos quehaceres intelectuales, así como creaciones poéticas, narrativas y ensayísticas de autores bolivianos. Una sección de innegable utilidad para los estudiantes es la galería de autores orureños que, a tiempo de homenajear a esos autores y rescatarlos del olvido, difunde fragmentos bien escogidos de sus obras. *El Duende* celebra, en esta edición sus 400 números, cifra alcanzada con esfuerzo y talento. Se incorpora, por derecho propio, al selecto grupo de los periódicos literarios que han contribuido y contribuyen de manera enriquecedora a la cultura boliviana. Enhorabuena.

Raúl Rivadeneira Prada.
Director de la Academia Boliviana de la Lengua.



¡Enhorabuena!

No es la primera vez que me uno, alborozado, a una celebración de "El Duende", suplemento dominical dedicado a la cultura universal y de Bolivia, que acompaña las ediciones de "La Patria".

Que cumpla ahora con su tiraje N° 400 es una prueba de amor y dedicación a las letras, de Luis Urquieta y su magnífico equipo de colaboradores.

¡Felicidades y enhorabuena!

Mariano Baptista Gumucio.
Académico de la Lengua.



Al amigo y editor de "El Duende", Luis Urquieta Molleda

Ya mi satisfacción personal llegó a un punto alto cuando salió publicado el No. 300 de "El Duende". De modo que el número 400 me llena de orgullo (como escritora orureña) y como boliviana. Que un suplemento literario llegue a esta cifra es, sin duda, algo especial y digno de celebrar. Y la alegría no es sólo mía, sino de tantos y tantos autores bolivianos (y también extranjeros), que hemos tenido la oportunidad de ver nuestros trabajos publicados en este emprendimiento literario cabal, equitativo, interesante, pero sobre todo, integrador.

Y es, más que nada, a este aspecto al que quiero referirme: En mi opinión, no se ha destacado lo suficiente el aspecto unificador e integrador de "El Duende", quien, con su sombrero alado y su picardía, ha llegado hasta los benianos, los tarijeños, chuquisaqueños y a todos los demás intelectuales de este nuestro querido país, tomándolos en cuenta, tanto como escritores como también como lectores, sin discriminación de ninguna clase, como debería ser siempre.

Así es que, aparte de un abrazo de felicitación lleno de cariño por el trabajo encomiable realizado hasta ahora, también quiero manifestar mi agradecimiento a Luis Urquieta y a todos sus colaboradores, por regalarnos quincenalmente este esfuerzo literario que hace rato que dejó de ser "sólo orureño"; ocupa un sitio preferencial en la literatura nacional.

Con los mejores augurios,

Gladys Dávalos Arze. Académica la Lengua,
correspondiente de la Real Española.



C

Carlos Murciano



Carlos Murciano. España, 1931. Es una de las voces más altas de la lírica hispánica contemporánea, quien a lo largo de media centuria ha construido un monumento de extraordinaria creatividad, con más de cuarenta libros de poesía y medio centenar de libros en prosa. Ha ganado los más importantes premios españoles y reconocimientos de corporaciones extranjeras. Cuando su visita a Sucre-Bolivia, El Duende tuvo la oportunidad de conocer al vate y establecer amistad entrañable. De ahí la muestra de poemas que corresponde a la antología "Música de la sangre" 1950 - 2000.

La campana

Redobla una campana tan tan fría
tan sonando a morir, tan tan lejana
que no sé si habla a Dios esta campana
o le está hablando a mi melancolía.

Tan delicadamente mordió el día,
Adán de luz, su pálida manzana,
que apenas vi si de la noche vana,
Eva de sombra, en sol la recibía.

La vuelvo a oír: tan cierta, tan segura,
tan lueña, tan cercana, tan serena,
buscando por mi pecho sepultura,

que ya no sé si es ella la que suena
o es que está dando al viento su amargura
el alto campanario de mi pena.

Hablando claro

Las cosas claras, Dios, las cosas claras
¿Acaso te pedí que me nacieras,
que de dos voluntades verdaderas,
de barro y llanto, Dios, me levantarás?

¿Acaso te pedí que me dejaras
en mitad de la calle -en las aceras
se apiñaba la vida- y que te fueras
y que con tu desdén me atropellaras?

Palabra que no sé por lo que peco.
Palabra que procuro, mas en vano,
llenar tu hueco, rellenar mi hueco.

Pero soy nada más Carlos Murciano.
Ni hombre ni nada, Dios, sólo un muñeco
que se mueve en la palma de tu mano.

El duende

Mira el duende, Marilía, mira el vuelo
de su sonoro cascabel de plata;
mira su juboncillo de escarlata
del coro al caño y del estante al suelo.

Mira su barba azul de duende abuelo,
de duende Barba-Azul y malapata;
mira su hocico cínico de rata,
su fáustico y fantástico pañuelo.

Bueno está que no enciendan mis bombillas,
que cedan los asientos de las sillas
y que la albahaca se me ponga seca.

¡Pero esto de tener encaramado
un duende enredador y colorado
por los estantes de mi biblioteca...!

Como si fueras

Si yo pudiera preparar tu arcilla...
Un puñado de polvo de tus huesos,
saliva de tus besos y mis besos,
mezclados de la forma más sencilla.

Y amasarte. Bastara una costilla
para el más inmortal de los sucesos.
A mí me bastarían estos -esos-
dedos para alumbrar la maravilla.

Si pudiera pensarte, concebirte,
modelarte despacio y acabarte,
sereno el pulso, el corazón inquieto,

y borrar y de nuevo construirte
y corregirte y autografiarte
como si fueras mi mejor soneto...

El pájaro

No conozco este pájaro, no sé cómo se llama.
Silba en el jardincillo, golpea en los cristales,
y si le abro la puerta se queda en los umbrales,
yerto como un carámbano, ardiendo como llama.

Nunca ha tenido nido, nunca ha tenido rama.
Cuando llueve se adentra en los cañaverales
y su canto es entonces un tremor de puñales,
un rugido de río, un rumor de retama.

Pero cuando el sol tibio se tiende en el tejado,
flero gato amarillo, manso tigre rayado,
y la tarde aterida se reclina en el sueño,

el pájaro regresa a la casa vacía
y hunde su pico roto en mi melancolía
como un lebrél que lame las llagas de su dueño.

La rata

Es de noche. Sucia. Por los caños
del subsuelo se arrastra. Gime. Husmea
la abruza, la podre, y señorea
los desperdicios de los desengaños.

Grumos de soledad, restos de extraños
seres, topa su hocico gris. Golpea,
insomne, las paredes. (La marea
de los años se burla de los años)

Escupitajo de Satán, escoria
de las cloacas, pus de la memoria,
masa de sombra que la sombra amasa,

hija de Lovecraft, nieta de Poe,
hunde sus dientes en la tierra y roe
los últimos cimientos de la casa.

José García Nieto, de la Real Academia Española, afirma: "Si alguna vez hemos dicho que los poetas andaluces tenían en su mano por don de herencia la mitad más una de las gracias, en Carlos Murciano se ha cumplido la ley, y su fe y su talento han puesto lo demás. Y aunque lo diga, de bella manera, 'definitivamente me he perdido', es verdad que en el soneto se encuentra como pocos y que también su verso, como el reloj, 'a veces suena a Dios', sin necesidad de que Dios esté dictando la entrada en cada poema".

Escribir en El Duende II

Para la tricentésima edición de *El Duende* publicada el 14 de noviembre de 2004, publiqué un texto llamado "Escribir en *El Duende*", y si bien desde entonces no volví a ocuparme en decir nada más al respecto del suplemento, cuando se decidió que escriba algo para esta edición número cuatrocientos, tentado estuve —lo confieso— a proponer la publicación de ese mismo texto, pues lo releí y me pareció que en él decía ya lo que era para mí escribir en las páginas de *El Duende*.

Sin embargo, más allá de ese primer impulso, decidí referirme nuevamente a un suplemento al que tanto le debo. Y es que los orígenes de *El Duende* se mezclan con mis propios balbuceos escriturales. Además, en ese texto de hace ya cuatro años, menciono la existencia de varias anécdotas vividas y no referidas, las mismas que, sin duda pueden dar tela para cortar a lo largo de varias páginas.

De los primeros tiempos y el original equipo de edición, por ejemplo, se puede referir episodios gratos, como la vez que preparábamos la edición en casa de los inolvidables Eduardo Kunstek y Berny Salinas. En cierta ocasión allí estaba hospedado Jorge Zabala el lúcido autor de libros como *Exorcismos* y *Las hojas del adivino*, y con él, luego del almuerzo, nos quedamos revisando las pruebas del suplemento para ese fin de semana. Nos repartimos el trabajo y a mí me tocó revisar los textos narrativos, mientras él se ocupaba de los poéticos. Reglas y lupas en mano nos sumergimos en silenciosas lecturas hasta que Jorge creyó descubrir un error de edición en un poema de Fernando Rosso. Tras un intercambio de opiniones no logramos zanjar el asunto, entonces decide telefonar a su autor para que aclare la cosa. Dicho y hecho, telefonazo de larga distancia hasta La Paz y a conversar como viejos amigos. Tras una charla de quince minutos, Jorge recién plantea la cuestión del poema y a partir de allí la minuciosa revisión duró aproximadamente media hora más, entre sugerencias de cambios por parte de Jorge y consideraciones de fondo por arte del Zeque Rosso. Total, los dueños de casa no estaban y sólo se enterarían del hecho cuando la abultada cuenta telefónica les llegue. Para entonces, claro, todos estaríamos bien lejos del sitio y santas pascuas.

En otra ocasión en esa misma casa, Eduardo Kunstek y yo nos habíamos propuesto armar el suplemento de ese domingo. La larga sobremesa con cigarrillos y música clásica, nos despertó la colambre y salimos en busca de al menos una botellita de vino. Volvimos ya de noche con dos botellas ya vacías y otras dos llenas. Berny ya estaba en casa y entre los tres armamos la edición que fue recogida por un radio taxi a las 11:45 de la noche con rumbo al periódico, donde debía imprimirse esa misma noche. Nosotros, claro, nos quedamos a terminar el vinito. Publicamos entonces un texto de Milan Kundera, el que debería ir acompañado de una fotografía suya, para lo cual y a falta de otra (recordemos que en esa época la internet pertenecía al futuro), Eduardo empuñó las tijeras y recortó con pulso decidido la cara del autor checo de la solapa de su bella y recién adquirida edición española.

Acabo de recordar la vez que le pedí al entrañable Robertito Echazú poemas inéditos para publicarlos en *El Duende*, y me respondió que me los enviaría encantado por fax. Hacemos la cita, yo espero el envío en la casa de una respetable señora de la sociedad orureña, quien gentilmente había aceptado prestarme su fax para recibir un par de poemas —vaya extravagancia— de la remota Tarija de manos de una auténtica leyenda viviente. Hasta me invitó una taza de té para endulzar la espera y la manito de charla iba muy bien cuando el aparatejo empezó, entre silbidos y ruidos de rieles eléctricas, a recibir los mentados versos, uno tras otro y otro y otro, hasta completar un total de ¡178! páginas. Por supuesto que se acabó el papel mucho antes de eso y la señora tuvo que enviar a comprar más. La cosa es inverosímil tratándose de Roberto Echazú, poeta parco entre los parcos. Lo que sucedió fue que en cada página, por iniciativa suya claro, llegaba una sola línea e incluso —lo juro— en algunas una sola palabra o un solo número. Luego me diría: Para que no te confundas hermanito.

Veo que en un par de anécdotas, mal contadas, consumí ya todo el espacio y nada dije de "los orígenes de *El Duende* que se mezclan con mis propios balbuceos escriturales". Mejor así. Espero que la edición 500 nos sea propicia.

Benjamín Chávez

El Duende fue creciendo, creciendo...

En este mes de septiembre, fecha importante en los anales de la cultura orureña, se celebra el vigésimo aniversario de *El Duende*, con cuatrocientas ediciones que dignifican el esfuerzo tesonero de los editores responsables. No se trata de un acontecimiento más en el mundillo del espectáculo, sino de una prueba fehaciente de que las buenas iniciativas, cuando están sustentadas con honestidad y entrega total, alcanzan tarde o temprano una trascendencia imperecedera y reciben el respeto, la admiración y el reconocimiento de la colectividad.

El Duende, hecho de verbo y de creación, tiene las llaves mágicas de la literatura, que le permiten ingresar en los sitios más recónditos de la mente y el corazón de los lectores, quienes lo aguardan quincenalmente con insoportable paciencia. Algunas veces llega a paso lento pero seguro como los morenos y otras veces se aparece saltimbanqui como los diablos que simbolizan la lucidez del Tío de los socavones. Así es nuestro *Duende*, un ser mitológico de la naturaleza y guardián de los seres que habitan en ella, y un personaje que, a fuerza de pulmón y a mucha honra, se ganó un espacio legítimo en la constelación de las letras bolivianas.

Desde hace veinte años fue creciendo, creciendo y creciendo, hasta convertirse en un verdadero chasqui que lleva a cuestras un q'epi repleto de mensajes elaborados no sólo por los fecundos artesanos de la palabra escrita, sino también por los profundos conocedores del alma humana. Ha crecido tanto que, tras haber sido un pequeño boletín de divulgación literaria, con letra apretada y color copagira, se ha convertido en el *Suplemento Orureño de Cultura* de uno de los decanos de la prensa nacional, gracias a la acertada dirección del Ing. Luis Urquieta Molleda, quien, secundado por un selecto equipo de redactores y colaboradores, se empeñó en darle cuerda a este trasgo ingenioso y juguetón, para que no se desmaye, ni se muera, ni se hunda en el mar revuelto de la masiva información que hoy invade nuestros hogares.

Todo comenzó cuando el duende mayor, don Alberto Guerra Gutiérrez, al mando de un grupo de duendecillos talentosos, inició su edición en junio de 1988, nada menos que entre q'oas y ch'allas en honor a la Pachamama y otros espíritus tutelares, y sin sospechar que el hijo de su alma, que no es experto en conjuros ni en artes esotéricas, estaba destinado a transmitir la creación de artistas y escritores, como el yatiri aymara transmite la sabiduría popular y lee el destino de su comunidad en las hojas sagradas de la coca. Ahora que Alberto Guerra Gutiérrez no está ya con nosotros, entre nosotros, debemos imaginar que, como todo duende trashumante, está esperándonos en el más allá, con un ramillete de amistad y de poesías, que él supo cultivar con experiencia y pasión, sin dejar de pensar un solo instante en su gente y en las tradiciones ancestrales de su Carnaval.

El Duende hace por los orureños lo que los orureños hacen por la cultura del país; es más, en su condición de vocero itinerante, ha traspasado las fronteras con paso de parada y ha entablado relaciones con los duendecillos de países cercanos y lejanos, donde lo reciben siempre con los brazos abiertos y el corazón en actitud de cariño. Deja profundas huellas en la tierra que pisa y se hace respetar por la opinión crítica de quienes lo toman en las manos. No es para menos, *El Duende*, que atesora la virtud de desgranar su gracia a través de palabras e imágenes, es un caballero que, desde su nacimiento, aprendió a comunicarse tanto en verso como en prosa.

¡Ay! *Duende* de mi alma. ¡Ojalá sigas sumando números a tus ediciones y tengas una larga vida, y que jamás nos dejes caer en la desilusión ni llegue el aciago día en que nos anuncies tu desaparición, porque eso no lo aceptaremos tus lectores ni colaboradores, y mucho menos el Tío de la mina, quien de apariciones y desapariciones conoce mejor que nadie. Por lo demás, a tiempo de cumplir tu vigésimo aniversario y tus cuatrocientas ediciones, recibe un fraternal abrazo desde el otro lado del "charco", donde vive uno de tus humildes colaboradores dispuesto a brindar contigo por la amistad y por el amor a la literatura.

Victor Montoya.
Escritor boliviano residente en Suecia.



Homenaje en los 20 años de "El Duende"

El Duende es el diablillo familiar amigo de los niños y recelo de los padres de familia, por la tentación que ejerce ese espíritu travieso para con los infantes.

Según relatan, el duende es vecino de los pozos que proveen aguas para el uso de las familias o juguetea en noches de luna al rescoldo de hornos moldeados con arcillas de amor en el que se cuece el pan de cada día.

El gnomo literario, desde que pareció en 1988, enreda y desenreda, caligráficos, dramas, poemas románticos o mensajes sociales en la ciudad de Oruro; desde el Socavón a las galaxias.

Nació el suplemento literario inspirado en el genio de la genialidad infinita llamado "duende", desde la idea, inquietud y perseverancia del que fue Don Alberto Guerra Gutiérrez y otros prestigiosos literatos.

Nació como pálida hoja sin mácula, un amanecer madrugado, fue trino primero al despertar, como bostezo que abre los ojos. Un enjambre de ideas corrieron al pensamiento, volando con alas de tiempo en vendavales de nunca acabar.

Desde el abstracto sombrío nació lo empírico del día como norma de vida y pasaron los años en horas con alas de tiempo sin paz.

Quisieron dibujar pensamiento en bellos bocetos de vida... Tal vez, un día si... mientras las mazorcaz desgranen saltos de arroyos que cantan, desde el cosmos mental de las espumas al olvido, y cuando las quenas del viento digan yaravies, wayños y cuecas mil.

A partir de 1993, con pequeños lapsos, el gnomo de la mitología asimilada a nuestra cultura, se constituye de enigma en letra viva, con la simetría quincenal por veinte años de perseverancia y dignidad.

El sostén y pilar fundamental fue y es el Ingeniero Luis Urqueta Molleda en sus roles de Empresario y Gestor Cultural, por ello, exteriorizamos el agradecimiento al recordado Alberto Guerra, a Luis Urqueta, a Julia García, a Erasmo Zarzuela, a Benjamín Chávez y a todos los dignos escritores de Oruro, en la 400 edición del suplemento literario "El Duende".

Ya lo dije, nació "El Duende" en un ensayo local, se hizo nacional, y el contenido literario y artístico es universal.

El duende satisface por lo polifacético de su contenido, emergente de la pluma de creadores, críticos, cronistas, sociólogos; también de pintores y cultores de otras disciplinas del arte.

Felizmente, el Duende mitológico cuenta el tiempo por siglos de existencia, y así sea con el Duende Literario. Es mi deseo.

Armando Sánchez Velásquez.
Presidente UNPE - Cochabamba.



Un yatiri orureño

Hablar de "El Duende", suplemento orureño de cultura publicado por el periódico "LA PATRIA", es hablar de Alberto Guerra Gutiérrez. Un extraordinario ser humano que conocí gracias a mi padre, Antonio Carvalho Urey, de quien heredé el gusto por la lectura y algunos de mis más entrañables amigos. De entre estos últimos se destaca Alberto Guerra Gutiérrez, a quien bastaba conocerlo para amarlo. Recuerdo allá por el año 1973 cuando yo tenía 16 años y vivía en la ciudad de La Paz que llegó mi padre de Trinidad de paso a Oruro, "vas a conocer a un yatiri", me dijo y yo me fui con él a esa ciudad de nombre palindromático, seguro de que iba a conocer un brujo del altiplano.

Viajamos en bus y llegamos al atardecer. En la terminal de buses nos esperaba un señor de gruesos anteojos y espesa barba. Después de hospedarnos en un hotel en la plaza principal, fuimos a un bar y allí los escuché, a ambos, contar historias de Los Andes y del Amazonas de donde éramos oriundos con mi progenitor. Yo estaba acostumbrado a estas tertulias pues, Toñito, como le decían cariñosamente a mi padre, gustaba de llevarme a las frecuentes tenidas con sus amigos. Al día siguiente le pregunté a mi padre por el yatiri, y me contestó que ya lo había conocido, "es el poeta con el que estuvimos anoche", me dijo y yo pensé que era el apodo del señor barbudo. Con el tiempo y las tertulias fui reconociendo que Alberto poseía el espíritu de esos enigmáticos sabios del altiplano.

El año 1991 fuimos invitados a Suecia por un grupo de escritores bolivianos radicados en ese país escandinavo. Viajamos juntos hasta Estocolmo, luego a Oslo y de allí a Florencia, Italia. En ese viaje conocí la profunda dimensión humana del poeta, no había que rogarle para que declame sus poemas románticos que sabía de memoria. Después de ese viaje, mi admiración por el yatiri se convirtió en un culto a la amistad. Siempre que podía lo llamaba por teléfono y entablaba largas conversaciones con él.

Alberto Guerra fue miembro de la "Segunda Gesta Bárbara" un importante movimiento de poetas e intelectuales y autor de muchos libros de poemas como "Siete poemas de sangre o la historia de mi corazón" y "Manuel Fernández y el itinerario de la muerte", así como de un valioso opúsculo titulado "Pachamama", tal vez el más erudito sobre esta figura mítica y religiosa de las culturas andinas que fue reeditado el año 1993 por la Alcaldía Paceña.

Alberto se fue y me heredó la amistad con Luis Urqueta, un notable ensayista que, junto a otros artistas de la palabra, sigue invocando a "El Duende" cada quince días. Tengo la suerte de que Don Lucho y Julia Guadalupe, poeta de una sensibilidad extraordinaria, nunca se olvidan de este aprendiz de cronista y periódicamente me remiten "El Duende" a Santa Cruz de la Sierra. Cada vez que lo recibo es como si me visitara Alberto Guerra, entonces me apuro a abrir sus páginas y me dispongo a conversar con él sobre los autores y los pintores que, generosamente, trae en cada publicación. ¡Vida eterna amigos míos!

Homero Carvalho Oliva. Santa Cruz.
Premio Nacional de Novela.



Dos décadas de Vuelta

Quando la revista mexicana "Vuelta" cumplió veinte años en 1996, Octavio Paz, su director, hizo estas lúcidas reflexiones que por su pertinencia las reproducimos a modo de recuerdo y homenaje a uno de los mayores escritores de la lengua y el continente.

La vida de las publicaciones literarias es en general corta; *Vuelta* es una excepción: veinte años son muchos años para una revista literaria. Hay otro hecho quizá de mayor peso y significación: somos independientes. *Vuelta* no es una publicación subvencionada o dependiente de una editorial o un periódico, de una academia o una universidad, de un ministerio o una agencia gubernamental. Es una empresa privada. Estos dos términos requieren una explicación. Es una empresa no sólo en el sentido de ser la obra de un grupo independiente, sino en el más antiguo y caballeresco de acometer una acción difícil, sin ánimo de lucro o ganancia; si *Vuelta* no es una hazaña, tampoco es un negocio. En seguida: somos una agrupación privada pero nuestra acción es pública y lo son nuestros propósitos. No queremos ganar conciencia o votos; queremos decir algunas cosas y queremos ser oídos. Nos anima, desde el primer número, una idea de la literatura que se puede, sumariamente, reducir a dos verbos: *decir* y *oír*. Para ser un buen escritor hay que comenzar por saber oír, tanto la voz de los muertos como la de nuestros contemporáneos vivos; y un buen lector es el que, en cierto modo, es autor de la obra que lee. La obra resucita de la tumba del libro o de la revista apenas unos ojos amorosos y lúcidos recorren sus páginas. La lectura revive, literalmente, a la obra; y ella, en cada una es una de esas resurrecciones, es simultáneamente otra y la misma. *Vuelta* no ha querido ser sino una parte del proceso en que consiste esencialmente la literatura: la relación viva entre el *decir* y el *oír*, el nacimiento silencioso y solitario de la obra y su prodigioso y múltiple renacer en el espíritu de sus lectores.

Los veinte años de *Vuelta* son en realidad veinticinco, *Vuelta* comenzó en *Plural*, de modo que es la continuación de aquella revista. La continuación y su transformación: para persistir hemos tenido que cambiar. Durante estos veinticinco años hemos coexistido—más bien: convivido—con las inmensas luchas y debates de este cuarto de siglo. Hemos sido testigos del derrumbe del socialismo totalitario y del lento pero implacable desmoronamiento del sistema político mexicano. En *Vuelta* no hemos sido ajenos a estos combates; al contrario, como escritores, hemos participado activamente en ellos. ¿Ha cambiado el panorama? Sí y no. Aunque es imposible cerrar los ojos ante las graves imperfecciones de las democracias contemporáneas, especialmente en nuestro país, en donde todavía nos queda mucho por hacer, es innegable que la desaparición del totalitarismo despejó el horizonte. No enteramente y no por mucho tiempo. Aparte de que aún quedan algunos sobrevivientes del "socialismo autoritario" en América y en Asia, han aparecido en todo el mundo realidades que creíamos enterradas por la historia: los racismo, los nacionalismos, los fanatismos religiosos. Los crueles fantasmas del pasado han reencarnado en este fin de siglo.

El triunfo de la economía de mercado libre sobre la estatizada no ha llevado la abundancia a los pobres y el desempleo se ha convertido en una llaga permanente de los países desarrollados. Lo he dicho muchas veces y hoy

lo repito: el mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, es ciego: con la misma indiferencia crea la abundancia y la miseria. Dejado a su propio movimiento, amenaza el equilibrio ecológico del planeta, corrompe el aire, envenena el agua, hace desiertos de los bosques y, en fin, daña a muchas especies vivas, entre ellas al hombre mismo. Por último y sobre todo: no es ni puede ser un modelo de vida. No es una ética sino apenas un método para producir y consumir. Ignora la fraternidad, destruye los vínculos sociales, impone la uniformidad en las conciencias y ha hecho del arte y de la literatura un comercio.

No hay en lo que acabo de decir la menor nostalgia por la estadolatría. El Estado no es creador de riqueza. Muchos nos preguntamos: ¿esta situación no tiene remedio? Y si lo tiene, ¿cuál es? Mentiría si digo que conozco la respuesta. Nadie la conoce. Nuestro siglo termina en una inmensa interrogación. ¿Qué podemos hacer? Como escritores, ofrecer nuestro testimonio. Decir con veracidad lo que sentimos y pensamos es ya el comienzo de una respuesta.

He tocado temas sociales, morales y políticos porque son parte de la historia de *Vuelta*. Estos temas, apenas si necesito señalarlo, no han sido nuestra única preocupación ni tampoco la central. Desde el principio lo dijimos: somos y queremos ser servidores de la literatura. Servirla bien, con honradez, inteligencia y sensibilidad es una tarea difícilísima. No siempre hemos acertado y no nos avergüenza confesar nuestras omisiones y equivocaciones; agradeceremos asimismo las críticas, cuando son objetivas y bien intencionadas. Sin embargo, creo que no es demasiada vanidad de mi parte afirmar que muchos de nuestros autores, gustos, criterios y preferencias, al principio vistos con desdén, han sido consagrados por la silenciosa aprobación de lectores numerosos. Las editoriales, las revistas y los suplementos culturales hoy publican con frecuencia escritores que aparecieron en *Vuelta* por primera vez hace bastante tiempo. En esto y en otros asuntos menores, como el diseño y la tipografía, hemos tenido y tenemos seguidores. El estilo y los gustos literarios de *Vuelta*, y no sólo las ideas y los temas, se han infiltrado en la vida literaria de México. Involuntaria y por esto aún más valiosa compensación de veinte años de ataques, denuosos y silencios.

Vuelta ha sido un agente activo en la vida literaria, artística e intelectual de nuestro país, tanto en la esfera de la creación como en las de la crítica y el pensamiento. Subrayo igualmente nuestro interés por la filosofía, la historia y, rara avis, en la literatura mexicana, por la ciencia. No somos, claro, los únicos y no nos ha animado nunca una ambición de hegemonía; más bien ha sido lo contrario: desde el principio nos inscribimos en la oposición y en la crítica, casi siempre minoritarias.

Nunca hemos tenido miedo de quedarnos solos y siempre hemos visto con desconfianza las maniobras publicitarias que hoy corrompen al arte y a la literatura. Me parece que de esta manera hemos ayudado a la presente pluralidad de las obras y tendencias. Muchas de esas obras nacieron y se han desarrollado gracias a nuestro estímulo; otras no



menos numerosas, algunas valiosas, han surgido como negación y oposición a lo que es o representa *Vuelta*. De una y otra manera, estas obras fueron y son la respuesta que buscamos. La literatura es diálogo, con frecuencia contradictorio. Nuestra misión ha sido avivar ese diálogo.

¿Cuál será el porvenir de *Vuelta*? No lo sé. Lo único que sé es que un día—pronto—dejaré la revista. *Vuelta* es una obra, mejor dicho: una pasión, colectiva. Hace mucho, en un poema, me pregunté: "¿cómo decir buenos días a la vida? Estoy seguro de que *Vuelta* mañana sabrá decirle a la vida como lo ha hecho durante estos veinte años: ¡Buenos días, aquí estamos!

(*)Escritor mexicano. Premio Nóbel de Literatura-1990.

Alfonso Gamarra Durana (*)

Fisonomía de un personaje milenario

Cuando el tiempo, juez implacable de los sucesos, transcurre en períodos largos, el médico piensa generalmente en las fases que el acontecer de su vida ha marcado. No necesita contabilizar, pero muchas veces cruza por su mente la imagen de algún ser que estuvo a su cuidado y la evolución de su enfermedad. Recuerda entonces que muchas veces sus esfuerzos fueron vanos, y que esa persona se durmió definitivamente en contra de sus buenos propósitos. Los demás sujetos rememoran también los acontecimientos de esa existencia, pero después entienden que nuestro mundo es sólo una estación de paso. Desde la infancia se puede vaticinar esa última etapa en la vida, por ello nadie pretende enraizar un ser para siempre. Un preámbulo que acaba en su epílogo. Éste es la resignación, de comprender —sin ser sabio— que todo habla sido fugaz, y como fue al principio, se aceptará que se llegará a las características de la nada, igual en el final.

La personalidad del médico de la Antigüedad se movía sola en el mundo, como tratando de inmiscuirse en el enigma existencial, pretendiendo imponerse a la acostumbrada mortalidad de los enfermos, y evitar que los restos corporales significasen el lamento inconsolable de los familiares. Quedan siluetas muy bien diseñadas de los médicos en los versículos del Antiguo Testamento, pero los lectores de hoy no se impresionan más de lo corriente, porque en esas páginas la presencia de Dios es lo imponente y conmovedor. El Supremo Ser hace lo impensable y lo imposible. Es la fuerza, la capacidad y lo perpetuo. Su peculiaridad es ser incomprensible por su magnificencia. Por lo tanto, el médico con sus hazañas sobre la vida es intangible e incomprensible, aun cuando el Altísimo retrata su presencia cuando se denomina su semejante —guardadas las dimensiones— con las palabras enaltecidas en el suceso del monte Sinaí: "Yo soy el Señor, tu médico" que se escribe con la siguiente frase: "...no descargaré sobre ti plaga ninguna de la que he descargado sobre el Egipto porque yo soy el Señor que te dio la salud" Ex 15, 26.

"Honra al médico porque lo necesita; pues el Altísimo lo ha hecho para su bien. Porque de Dios viene toda su medicina y será remunerada por el rey. Al médico lo elevará su ciencia a los honores y será celebrado ante los magnates. El Altísimo es quien crió de la tierra los medicamentos y el hombre prudente no los desechará" Eclo 38, 1-4.

La jornada del médico no puede ser fructífera cuando termina de administrar los productos que intentan producir modificaciones biológicas. No es instintivo su proceder, más bien es la ciencia que se ha ido desarrollando en su mente, la que escoge para cada caso su aplicación. No obstante, el cuerpo atendido no responde siempre en la misma forma, hay respuestas perezosas, a veces, ninguna. No es por la impotencia del médico que la réplica es insólita. Se apaga el estímulo benéfico que se vislumbra inicialmente, y se estropea la ocasión del éxito terapéutico.

Por eso se dice que el médico tiene su tiempo para hallar el bien y la salud, para restañar las heridas, para conducir pensamientos. Si pudiera tener su labor útil permanentemente, se acercaría a Dios; lo que no es posible porque depende de funciones y anatomías, de oportunidad y apoyos externos. Este momento se retrata también en el libro sagrado: "Había sufrido mucho en manos de varios médicos y gastado en ello todo lo que tenía sin ningún resultado. Al contrario, cada vez estaba peor". Mr 5, 26.

La curación sólo es posible si el enfermo confía plenamente en el médico, si se entrega desde el fondo de su pensamiento a la solvencia del conocimiento, si relaja su tensión corpórea a la manifestación responsable y se define como el seguidor de sus consejos. En la Biblia se presiente que el humano salvaguarda su cuerpo y alma cuando se eleva con sacrificios, ayunos y oraciones a la grandeza de Dios. Es entonces que la faena humana del médico puede conseguir los logros reservados a lo divino, porque ha conseguido un cambio mixto: estructural, humoral y hormonal, en el organismo enfermo para que éste se predisponga a ingresar en una nueva escala de miti-

gación, templando sus órganos, y poder experimentar una nueva corriente vital que es la salud restablecida. En la escena en que Elías interviene en la muerte de un pavoroso, algunos estudiosos han querido ver la intervención de un médico experimentado que sabía devolver la vida con una respiración boca a boca, pero quien insiste en entender, encuentra que es el espíritu del niño que vuelve para conseguir la respiración ansiada.

"Y la enfermedad era mortal, de suerte que quedó sin respiración ninguna... Respondióle Elías: Dame tu hijo. Y tomándolo de su regazo llevólo al aposento de arriba, donde él estaba hospedado, y púsole sobre su cama. Y clamó al Señor diciendo: ¡Oh Señor Dios mío! ¿Aun a esta viuda, que me sustenta del modo que pueda, la has afligido, quitando la vida a su hijo? Después de esto se tendió, y encogióse sobre el niño por tres veces y clamó al Señor diciendo: ¡Señor Dios mío! Ruégote que vuelvas el alma de este niño a sus entrañas. Oyó el Señor la súplica de Elías, y volvió el alma del niño a entrar en él y resucitó". 1 Reyes 17, 17-22.

Es la situación psíquica que se allana cuando hay la entrega del sufriente. Desde lo recóndito de su ser se ofrece al Altísimo para que ingrese limpiando sus espacios. Si se libera del todo de las ataduras humanas debe ser más fácil encontrar la fuerza vital. Un complejo semejante debe ocurrir en las interioridades del enfermo cuando pone su fe conulgando con la tarea bienhechora que el médico le ofrece. En algún momento de la historia del médico, este individuo ha debido estar emparentado con el accionar divino, por eso hasta ahora se espera de él algo asombroso. "Ofrece incienso de suave olor, y la flor de harina en memoria; y sea perfecta tu obligación, y después da lugar a que obre el médico. Pues para eso lo ha puesto el Señor y no se aparta de ti porque su asistencia es necesaria" Eclesiástico 38, 11-12.

En la Antigüedad estaba la medida de las personas en directa relación con la vigilancia de Dios, pues no se esperaba ningún miramiento divino si en la tierra se pecaba. Los yerros del espíritu, de acuerdo con su importancia, no podrían ser perdonados, e incluso se podría arrastrar una sanción eterna si los sentidos humanos gozaban inalterablemente del deleite prohibido. Los castigos serían merecidos si no se intentaba purgarlos y debía llevarse como mácula en el alma el error no absuelto. La enfermedad era aceptada en ese sentido, como un castigo llegado desde el Cielo, que quizás no se limpiaría jamás; pero la religión quería demostrar que una maldición de ese tipo, si bien presente en el Antiguo Testamento, podía salvarse si se hacía las paces con Dios, y se purificaba el espíritu, antes que querer que el médico utilizara su ciencia para curar el cuerpo deshonrado por un pecado y convertido en sede física del castigo divino. "Puesto que hay un tiempo en que has de caer en manos de los médicos. Y ellos rogarán al Señor que te aproveche lo que te recetan para tu alivio, y te conceda la salud, que es a lo que se dirige su profesión. Caerá en manos del médico el que peca en la presencia de su Criador". Eclo 38, 13-15.

A veces el médico no concibe cómo el desahuciado experimenta mejorías insospechables, cuando las células dañadas parecen fortalecerse de improviso, los torrentes humorales se uniforman, es decir, que su función se hace univalente en el significado de restaurarse. Desde los niveles superiores aparece la promoción, pues el pensamiento comprende que hay una aceptación de Dios que autoriza la mejoría virtual, y las ideas se hacen órdenes que corren hacia los distintos puntos de la economía corporal. Las calles biológicas se abren para que los estímulos benéficos lleguen hasta la calamidad interna y logren el bienestar del ser. En el lejano pasado lo más importante para sanar era el causal divino en el inicio, lo que se traduce en los versículos de la Biblia: "El año treinta y nueve de su reinado Asá enfermó de los pies, de una enfermedad muy grave. En su enfermedad no consultó a Yavé, sino a los médicos. Murió Asá el año cuarenta y uno de su reinado y lo sepultaron en el sepulcro que se había hecho en la ciudad de David". 2 Cr 16, 12-13.

Una recomendación parecida está en el Eclesiástico pues la complejidad humana puede apuntalarse si, antes de llegar al período de desfallecimiento de los órganos o de la agonía inexorable, el espíritu consigue depurarse en grande proporción: "Acuérdate de Dios antes de que se rompa el cordón de plata, o médula espinal, y se arrugue la venda de oro o membrana que envuelve el cerebro, y se haga pedazos el cántaro sobre la fuente y se quiebre la polea sobre la cisterna; y en suma, antes que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió, y el espíritu vuele a Dios, que le dio el ser". Eclesiástico 12, 6-7.

La religión deja un lazo entre Dios y el médico, es la licencia que le faculta a intervenir en la curación de lo físico del hombre porque se le ha otorgado el permiso singular de aproximarse para entender sus padecimientos y aliviarlos, para apoyar en la llegada de la prole, y para facilitar la rectitud de sus pensamientos. Es que en el libro santo se le reconoce en nexo firme con la salud: "¿No hay acaso, bálsamo en Galaad ni queda allí ningún médico? ¿Cómo es, pues, que no mejora la salud de la hija de mi pueblo?" Jr 8, 22.

La realidad del médico antiguo no confunde sus fronteras con la fascinación de la literatura creada. Es que su maestría fue apreciada en toda ocasión y latitud. El transcurrir del tiempo no le pudo escamotear su presencia; aun cuando se hubiera perdido la técnica de sus procedimientos, quedaba la fama noble de su moral y de la estética de su arte, porque supo establecer el perfil de su obra introduciéndose en la antropología de su tiempo, y de allí, indagando en las causas de los males, alcanzó a palpar la relación del hombre con el mundo abismal de flujos y miasmas microbianas.

De aquellas décadas, en el inicio que marca el calendario por la presencia de Jesucristo, se extraen muchos aspectos médicos del pasado, pero también aquella capacidad humana de no transgredir las normas y el convencimiento de que el ser enfermo es digno de respeto, más que el sano. Conceptos que pueden conformar un todo armónico de consideración y cristalizarse en un juramento antitumultuoso de normalidad para con el prójimo sufriente.

El Nuevo Testamento atestigüa que Jesús entendía de la fiabilidad en el médico, por eso el joven evangelista, médico también, talla la dimensión de este profesional: "Pero Jesús, tomando la palabra les dijo: Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos. No son los justos sino los pecadores a los que he venido yo a llamar a penitencia." Lucas 5, 31.

La admiración de aquellos pueblos se retrata también en otro versículo: "Dijoles él: sin duda que me aplicaréis aquel refrán: Médico, cúrate a ti mismo; todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaüm, hazlas también aquí en tu patria". (Que ningún profeta es bien recibido en su patria) Lucas 4, 23.

Toda honra y miramiento se discernía a la personalidad descolante del médico. Por estas actitudes de los que lo rodeaban, se requería también mucho de él. Correspondía con observación permanente, estudio de los tratados y meditación en los misterios de la vida, cualidades que obligaban a que se refugiara en la soledad, y que pudiera en todo momento asistir al llamamiento. La sentencia ancestral señalaba que el enfermo debía sentirse santo, porque es Dios quien enviaba al médico. Y si bien en la antigüedad él debía reconocer vegetales y tener métodos para obtener las sustancias químicas que producían salud, en todos los siglos tenía que refrescar sus conocimientos terapéuticos.

Parecía que el fin de su existencia había sido siempre el de desgajar los segmentos del destino y hacer que la vida de sus pacientes, escapando de la oscuridad letal, se alargase; de tal manera que el médico estaba en la lid contra lo percedero, lo finito, para trasuntarse en un estado anímico en que su labor de un instante se aproximase a la magnitud de la eternidad.

Bibliografía

LA SAGRADA BIBLIA. Traducción de la Vulgata Latina al español, por Félix Torres Amat. Casa de la Biblia Católica. 1959. Edit. Soprema Arg.

(*) Premio Nacional al Mérito Profesional, otorgado por el Colegio Médico de Bolivia; miembro de la Real Academia de la Lengua (España).



Variaciones del Barroco

Cuando algún estudioso —serio, lo cual no es muy común— define un fenómeno literario, sea éste histórico, estilístico o de cualquier otra naturaleza, y lanza una conceptualización teórica aceptable, a pesar de estar consciente de que no es definitiva ni acabada, a sus lectores no nos queda más remedio que aceptarla, en la didáctica de los contenidos teórico-prácticos de nuestra época; luego, andando el tiempo que todo lo cambia, otro estudioso descubre que ese ente literario todavía se deja sentir; entonces le antepone el prelijo de "neo"; y así hablamos del neoclasicismo, neorromanticismo, neorrealismo, etc..

Tal lo acontecido, también, con el Barroco y el neobarroco.

Una mayoría de los investigadores afirma que el Barroco apareció en 1600, en la literatura española; es más, también nos dice que terminó hacia 1750. Desde luego que es un decir, no hay tal precisión; menos en una época donde todavía los monjes copistas trabajaban a la par con la imprenta de Gutenberg. Tampoco faltan aquellos estudiosos que consideran que el Barroco es un estilo afín a la cultura hispana y, por ende, a la hispanoamericana, como afirma Adolfo Cárdenas. Probablemente éste ignore que Wolfllin lo justifica a partir de la arquitectura, la pintura y la música, pero no siempre de España; puesto que también hay un arte barroco inglés (Shakespeare), italiano (Boccaccio), francés (Rabelais), de épocas diferentes. ¿Acaso el Quijote de Cervantes no es un héroe barroco que cabalga entre el Medievo y el Renacimiento? Alonso Quijano, alias Don Quijote, es un híbrido y por ende un barroco, dice Raúl Romero. ¿Se puede definir un movimiento espiritual, estético, sin correr el riesgo de fosilizarlo? Hasta la materia se resiste a acabar en un mero concepto teórico.

Hablando siempre del Barroco, lo más que podemos hacer es indicar sus características más notables, pero de ahí a etiquetarlo como un producto acabado, considerándolo un ser finito y estático, es como pensar que la tierra no se mueve. Asimismo, debemos entender que no hay arte puro, superior, como la raza aria para los racistas; tampoco, un género absoluto y menos un estilo. La creación no tiene límites ni espacios exclusivos. Ya no se habla de poesía y prosa, como formas separadas, tampoco de testimonio y ficción, como en la época de Luzán.

Dado que no podemos definir lo que es novela o cuento, ahora se habla de lo narrativo y discursivo, del diálogo y del diario, integrados en un todo estético. Es más, no faltan quienes piensan que el arte de la palabra se expresa —ciñéndose un tanto a las ideas de Benedetto Croce— como: "conocimiento intuitivo, por la fantasía", en oposición al "conocimiento lógico, que se da por la inteligencia". Desde luego que tampoco dudan de que ambos conocimientos participen en la creación de una obra, ya sea produciendo imágenes o conceptos. Sin ir muy lejos, siempre en una perspectiva del Barroco: Hermann Broch, en "La Muerte de Virgilio" (1958), combina la reflexión filosófica con la lírica y el análisis psicológico; ergo, elabora un largo poema en prosa de un barroquismo delirante que desafía las normas de la narrativa tradicional. Udo Müller, considera que el Barroco es la "última cultura de Europa realmente universal. En casi todos los países del continente encontró este movimiento su expresión propia —dice—, prosperando socialmente al calor del absolutismo y de una sociedad cortesana".

He aquí una secuencia que puede ayudarnos a distinguir el Barroco en el ámbito hispanoamericano: Raúl Romero, dice: En el principio existió Góngora, y Góngora engendró a Dario, y Dario engendró a Martí, y Martí engendró a Lezama Lima, y Lezama Lima engendró a... A muchos indudablemente, pero volviendo a la genealogía de



Góngora, es importante aclarar que nos referimos al Góngora del "Polifemo" y las "Soledades"; o sea al culterano que, desde luego, no es más que otra de las manifestaciones que tiene el Barroco. El Culteranismo también es conocido con el nombre de Gongorismo, precisamente porque Luis de Góngora y Argote (1561-1627) fue su principal cultor; se caracteriza por sus metáforas e imágenes atrevidas, expresadas con una inusitada riqueza de epítetos, juegos de palabras y numerosas figuras de dición poco comunes, por cultas y novedosas; además, el hipérbaton les dota de un ritmo singular en el desplazamiento sintáctico de sus contenidos: "Estas que me dictó rimas sonoras...", dice Góngora, por: "Estas rimas sonoras que me dictó". El Modernismo no es ajeno a usar dichos juegos sonoros, pues la lírica esotérica de Góngora anima la poemática de Asunción Silva, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, y Ricardo Jaimes Freyre, liberando al verso de su estructura atávica y tradicional, a fin de promover, además, otras tendencias estilísticas en la lírica contemporánea, donde podemos destacar a Mallarmé y Huidobro. Así, encontramos que Góngora también engendró a Franz Tamayo, en la poesía boliviana.

La otra variable, igualmente destacable en el Barroco, es el Conceptismo, que al principio aparece como oposición al Culteranismo, por cuanto va más allá de la sonoridad del verso, teniendo en cuenta que lo esencial no está en el juego de las palabras, en las metáforas e imágenes sorprendentes, sino en el juego de las ideas y conceptos; al final, también se identifica con el culteranismo, según lo señala Bonilla y San Martín. Sus principales cultores son: Gracián y Quevedo. Ahora bien, en nuestra América, no sólo hispana, sino latina, desde Cuba el Barroco se desplaza con la magia de Alejo Carpentier, Lezama Lima, Severo Sarduy y Reinaldo Arenas, al realismo mágico de Gabriel García Márquez y la prosa caballerescas de "La Casa Verde", de Mario Vargas Llosa. El habla popular de por sí también es barroca, y eso lo descubrimos maravillados en el "Gran Sertón: Veredas" (1963), novela de Joao Guimarães Rosa. En Bolivia —aunque sin el fabuloso diseño argumental de Guimarães Rosa—, Adolfo Cárdenas anima algunos de sus cuentos y su novela "Periférica Blvd." (2004), con el habla ch'uta de un barrio paceño; otro notable novelista de esa urbe —barroco en sus p'ajpakeadas— es Juan Pablo Piñeiro, con su novela "Cuando Sara Chura despierte" (2003). No muy lejos de ellos, está la patética figura de un narrador singular: Víctor Hugo Viscarra, sobre todo con su testimonial "Borracho estaba pero me acuerdo" (2002).

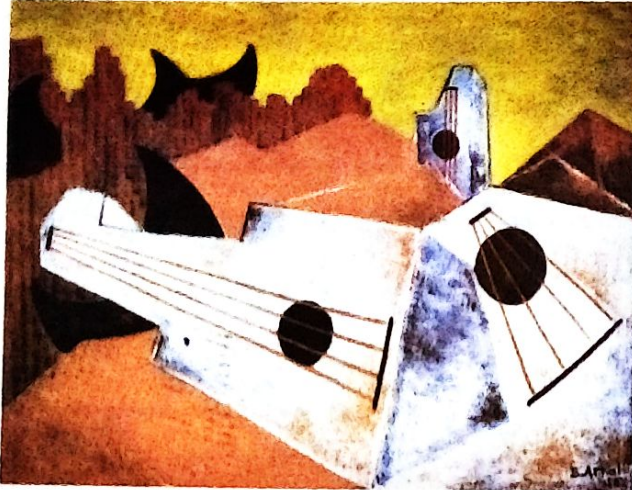
Para concluir, ¿alguien —que no sea Cárdenas, desde

luego— estará seguro de que la literatura boliviana —así como también la hispano o latinoamericana— es esencialmente barroca? Pienso que no, por fortuna. Y no porque menosprecie ese estilo; al contrario, es enaltecedor y lo he usado en mi primera novela: "La mansión de los elegidos", en 1973. Pero la literatura es vida y la vida es variada; fluye y se renueva constantemente. Ningún dogmatismo es aconsejable. Gracias a Dios tenemos de todo. Si algo nos falta es la voluntad de trabajo; esfuerzo y tenacidad. Qué triste impresión la que nos brinda un joven escritor —a quien prefero no nombrar, algún rato madurará—, que no sabe qué es lo que hace cuando escribe o qué es lo que escribe, pues para él lo que hace no es literatura; afirma que no existe la "literatura boliviana, en el sentido de tradición o escuela" —¿tradición y escuela, son lo mismo? Así tampoco existiría la literatura española. ¿Qué tradición o escuela es netamente de cuño español? La cultura española le debe mucho a la latina —conste que la latina bebe de la griega— y también a la árabe. Boscán y Gracilazo, dos de sus más grandes poetas son petrarquistas. Como lo demostré en el primer volumen de mi "Nueva Historia de la Literatura Boliviana" (1987), nuestra literatura comienza antes de la conquista española. Hace casi un siglo que dejamos atrás la concepción negadora de Rosendo Villalobos, Ángel Salas, Juan Francisco Bedregal, Ignacio Prudencio Bustillo, Enrique Finot y aun Fernando Díez de Medina, para quienes no existía la literatura latinoamericana, menos la boliviana. Díez de Medina decía: "El escritor sudamericano, pobre en ideas y en cultura escaso, cubre su desnudez con la vegetación verbal: habla, pinta, gesticula, grita. No ha dicho nada". Además se lamentaba, diciendo: "Ciertamente, no hemos dado un Balzac", como si ésa fuera nuestra única razón de existir.

Otra cosa es recibir influencias de los grandes maestros universales —inclusive de Balzac, habida cuenta de que con ello no se anula la identidad creativa de ningún escritor boliviano o argentino. Borges y Carpentier son modelos para muchos narradores europeos; sin embargo, para Finot, Díez de Medina y también para Juan Quirós, no eran gran cosa; lo mismo decían de la obra de Joyce, Proust y Kafka, que sólo constituían una moda pasajera, insustancial. Ni sospechaban que desde Cervantes todo cambió y el resultado también se dio en Dickens y los "Papeles Pickwick", que le inspiraron a Joyce su prodigioso "Ulises", a más de la "Odisea", claro está. Afortunadamente en las nuevas generaciones ese complejo de no ser nada, sino escribidores sin tradición, va desapareciendo.

Adolfo Cáceres Romero. Oruro.
Escritor y crítico literario. Reside en Cochabamba.

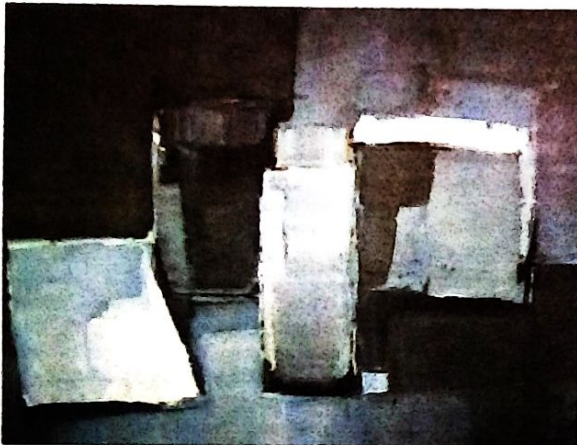
Milagros de la pintura boliviana



Enrique Amal. *Zampoñas y charangos*. Óleo sobre lienzo.



Erasmus Zarzuela. *Chinasupay*. Óleo sobre lienzo.



María Esther Ballivián. *Naturaleza muerta*. Gouache sobre papel.



Humberto Jaimes Zuna. *La niña del Vietnam*. Óleo sobre lienzo.



Agnes Ovando de Frank. *Chola paceña*. Óleo sobre tela.



Raúl Lara. *Argentina. Década del microfilm*. Óleo sobre lienzo.